

24^o domingo tiempo ordinario Año C – pequeño comentario a las lecturas
Dr. Emilio G. Chávez
emiliochavez@yahoo.com
<http://explicandolabiblia.com>

Ex 32:7-11, 13-14; Sal 51; 1 Tm 1:12-17; Lc 15:1-32

El mensaje este domingo es el perdón. La primera lectura relata el pecado original de Israel, quebrantar el primer mandamiento poco después que fue promulgado. Como había sucedido en los días de Noé cuando la maldad y la violencia cundieron sobre la tierra (Gn 6:5-22), Dios tuvo dudas acerca de su elección de Israel, y quiso comenzar de nuevo haciendo un nuevo pueblo con Moisés. Pero Moisés intercedió por Israel, y el Señor se arrepintió de la destrucción que había amenazado, como pasó en tiempos de Noé. El Salmo 51 es el salmo penitencial por excelencia, atribuido al rey David después de cometer adulterio con Betsabé y en efecto asesinar al marido de ésta (tremendo abuso de autoridad; ver 2 S 11-12). Pero el rey pidió perdón y prometió ser un buen ejemplo para otros pecadores necesitados de perdón.

En la segunda lectura, Pablo reconoce que persiguió a la Iglesia, pero nos dice que la misericordia que Dios tuvo con él fue para revelar la perfecta paciencia divina de Jesucristo. Para Pablo, el meollo (en inglés, la *crux*) del misterio es precisamente eso, que Dios pasó por alto nuestros pecados para mostrar lo “justo” que es; ver Rm 3:21-26. Pongo “justo” entre comillas porque el vocablo hebreo que traduce significa una cualidad misteriosa que más bien protege y salva.

El evangelio dramatiza lo esencial del ministerio y mensaje de Jesús: en el tiempo final Dios buscaría a los que estaban perdidos y descarriados y los haría volver a sí mismo. Este es el significado hebreo de lo que llamamos conversión o arrepentimiento: regresar a Dios; ver los pasajes sobre el “buen pastor” en Ez 34:15-16, 23-31). Jesús fue el agente de Dios para este designio divino. La parábola del “hijo pródigo” no muestra nada del Dios amenazador de la primera lectura; es el hijo temeroso, arrepentido pero aún incrédulo el que piensa que debe preparar un discurso aplacador para su padre, a quien espera estar bien furioso. Pero Dios, el Padre que nos revela Jesús, no es así: rompiendo con las costumbres de lo que es propio en el oriente, este padre sale corriendo mientras su hijo aún está lejos, saliendo a su encuentro y colmándolo de besos y regalos, con una fiesta en vez de probatoria. Es esta extravagancia del Reino en los tiempos finales la que se nos pide practicar a nosotros también; ver Mc 4:3-9, la

parábola del sembrador pródigo o derrochador; ver también Mt 20:1-16; Jn 12:3; 19:39. Pero era ofensiva para los “fariseos” de entonces y de hoy.